

# DESMITIFICANDO AL FEMINISMO

Enero 2026



## DESMITIFICANDO AL FEMINISMO

El feminismo no es lo opuesto al machismo. Esta frase, que parece obvia para algunas personas, sigue siendo una de las más necesarias de repetir. Porque uno de los mitos más persistentes, y más funcionales al sistema que dice criticar, es la idea de que el feminismo es un “machismo al revés”. Nada más lejos de la realidad.

El machismo es una ideología que legitima la dominación, la violencia y la desigualdad. El feminismo, en cambio, es un movimiento social, político y cultural que busca equidad, justicia y transformación. No busca invertir jerarquías ni cambiar quién oprime a quién, sino **desarmar las estructuras que producen opresión**. Confundir estas dos cosas no es ingenuo: es una forma de vaciar de sentido una lucha histórica.

Cuando hablamos de feminismo hablamos, necesariamente, de **géneros**, en plural. Y esto no es un detalle menor. El feminismo contemporáneo parte de la ruptura con la idea de que solo existen dos géneros posibles, cerrados y naturales. Reconoce la existencia de mujeres y varones cis y trans, pero también de personas no binarias, de género fluido, queer, y de todas aquellas identidades que no encajan en el molde binario que el sistema impuso como único.

Desmitificar el feminismo implica, entonces, empezar por entender que no estamos hablando de una experiencia homogénea. No hay un único feminismo, ni una única manera de ser feminista. Existen múltiples corrientes, enfoques, genealogías y luchas, que dialogan, se tensan y a veces incluso se contradicen. Y eso no es una debilidad: es una fortaleza.

Una de las definiciones más citadas, y también más simples, es la que resume el feminismo como la lucha por la igualdad de derechos. Marie Shear lo expresó con una frase tan breve como contundente: “El feminismo es la idea radical de que las mujeres son personas”. Radical no porque sea extrema, sino porque va a la raíz de un problema histórico. Durante siglos, las mujeres no fueron consideradas sujetas plenas de derechos. No podían votar, administrar bienes, decidir sobre su cuerpo ni sobre su destino. Recordar esto no es anclarse en el pasado, es entender por qué ciertos derechos todavía hoy se discuten.

Simone de Beauvoir, en *El segundo sexo* (1949), dio un paso más al afirmar que “no se nace mujer, se llega a serlo”. Esta frase, tantas veces citada y tantas veces malinterpretada, no niega la materialidad del cuerpo, sino que señala cómo la sociedad construye, moldea y limita lo que significa “ser mujer”. El género, desde esta perspectiva, no es un hecho biológico inevitable, sino una construcción social que organiza expectativas, roles, mandatos y castigos. Y si el género se construye, entonces también puede transformarse.

Bell hooks, en *Feminism is for Everybody* (2000), amplía aún más el campo al definir el feminismo como “un movimiento para acabar con el sexismo, la explotación sexista y la opresión”. Esta definición es clave porque desplaza el foco de los individuos hacia los sistemas de poder. El feminismo no lucha contra los varones como personas, sino contra el sexismo como estructura. Y eso incluye, inevitablemente, a mujeres que reproducen lógicas machistas, porque nadie está completamente afuera del sistema que nos formó.

Desde América Latina, Rita Segato propone una mirada indispensable. En *Contra-pedagogías de la crueldad* (2018), entiende el **feminismo como una ética** que enfrenta las estructuras patriarcales, raciales y capitalistas que sostienen la violencia y la desigualdad. Su enfoque es decolonial y profundamente situado. Nos recuerda que no todas las opresiones se viven igual, y que género, raza, clase, territorio y sexualidad se entrecruzan en cada cuerpo. No existe “la mujer” como categoría universal, existen mujeres diversas atravesadas por desigualdades distintas.

Estas definiciones no se contradicen, se complementan. Algunas ponen el énfasis en los derechos, otras en la construcción social del género, otras en los sistemas de poder, otras en las intersecciones. Juntas nos permiten entender que **el feminismo no es una respuesta única ni cerrada**, sino un campo de disputas, una conversación colectiva que se reescribe permanentemente.

Otro mito frecuente es creer que el feminismo es una lucha individual, centrada en el empoderamiento personal, o, en el extremo opuesto, una lucha puramente colectiva que anula las experiencias singulares. En realidad, el feminismo habita esa tensión. Las transformaciones individuales importan, pero no alcanzan sin cambios estructurales. Y las luchas colectivas pierden sentido si no reconocen las trayectorias y los cuerpos concretos que las sostienen.



En América Latina, los movimientos de mujeres y diversidades no buscan una verdad única ni una solución universal a las opresiones históricas del sistema colonial y patriarcal. Buscan reconocimiento. Porque los derechos no se dan ni se quitan, los derechos se reconocen o se vulneran. El feminismo existe porque, históricamente, esos derechos fueron negados, condicionados o directamente arrebatados.

Desmitificar el feminismo también implica desmontar la idea de que “ya se logró todo”. Que las leyes alcanzan. Que la igualdad formal garantiza igualdad real. La brecha salarial, la feminización de la pobreza, la violencia de género, los crímenes de odio hacia personas trans y travestis, la sobrecarga de tareas de cuidado, la medicalización de los cuerpos, la penalización del deseo, nos recuerdan que el camino está lejos de terminar.

También es necesario desarmar el mito de que el feminismo odia a los varones. El feminismo cuestiona los privilegios, no las existencias. De hecho, propone una transformación que también libera a los varones de mandatos rígidos, violentos y asfixiantes. Lo que incomoda no es el odio, es la pérdida de poder. Y toda redistribución de poder genera resistencias.

En este contexto, no sorprende que el feminismo sea presentado como exagerado, radical, peligroso o divisivo. Nombrar la desigualdad siempre resulta incómodo para quienes se benefician de ella. Pero el conflicto no lo crea el feminismo, el conflicto ya existe. El feminismo lo hace visible.

Desmitificar el feminismo no es convencer a todo el mundo. No es suavizar el mensaje para que sea más aceptable. Es nombrar con claridad, explicar sin condescendencia y sostener una ética que ponga la vida en el centro. Es recordar que no se trata de una moda, ni de una identidad cerrada, sino de una lucha histórica que se actualiza en cada contexto.

El feminismo no busca privilegios, busca justicia. No busca venganza, busca reparación. No busca silencio, busca voz. Y no busca excluir, busca que todas las identidades históricamente marginadas puedan vivir con dignidad.

Tal vez la pregunta no sea qué es el feminismo, sino qué mitos necesitamos soltar para poder escucharlo. Porque desmitificar el feminismo también implica desmitificarnos a nosotrxs mismxs, revisar prejuicios, incomodarnos, aceptar que el mundo que conocemos no es el único posible.

Y en esa incomodidad, justamente ahí, empieza la transformación.